

ALGUNAS NOTAS

sobre

GEORGE
ORWELL

Por Carlos FUENTES

COMO matar a un elefante. Los años de formación de George Orwell se agitan bajo los signos de la culpa y el fracaso. El hijo de lo que él denomina "la alta baja clase media" (¿primero de los últimos, último de los primeros?), estudiante por gracia de beca en los colegios de los ricos que sobre el muchacho flaco de trajes ratoneros vierten todo el desprecio y crueldad de que es capaz la juventud, debe, al abandonar Eton, emigrar a Birmania, titular de un puesto inferior en la Policía Imperial del raj británico. Ni siquiera el lujo menor de *l'embarras du choix*. En Inglaterra un largo corredor de puertas cerradas lo condena a la mediocridad ("¡La Editorial lo siente mucho! ¿Por qué no decir francamente, 'No queremos sus condenados poemas. Sólo aceptamos poemas de nuestros compañeros en Cambridge. Ustedes, proletarios, mantengan su distancia?'"). En Birmania, Orwell inicia su carrera de militante; en esta ocasión, a las órdenes de un instrumento imperial que rechaza, pero al servicio del cual debe permanecer cinco largos años. Un ensayo —*Shooting an Elephant*— y una mala novela —*Burmese Days*—. En aquél, el escritor percibe, en un instante ridículo y amargo, la naturaleza del imperialismo. Un elefante anda suelto, causando destrozos, y Orwell es enviado a controlar la situación en nombre de S. M. Imperial. Escopeta al hombro, el policía inglés sale en busca del animal, y a él se unen, en silencio expectante y burlón, la multitud de birmanos. El elefante ya pasta tranquilamente, pero Orwell tiene que disparar e, inútilmente, matarlo: así lo exige el populacho, tanto porque no está dispuesto a que se le escatime su diversión, como porque el pukka sahib tiene que comportarse como tal (¡emanar resolución, saber lo que quiere, hacer cosas definitivas!). Otra actitud daría ocasión al inminente derrumbe de todos los pukka sahibs:

Aquí estaba yo, el hombre blanco con su fusil, de pie frente al populacho nativo desarmado — aparentemente, el actor principal de la pieza; pero en realidad, sólo un títere absurdo empujado a gusto por la voluntad de esas caras amarillas a mis espaldas. En este momento, me di cuenta de que cuando el "hombre blanco" se hace tirano, es su propia libertad lo que destruye.

El imperialista ha matado sólo por no aparecer como un tonto a los ojos del pueblo sometido, que por otra parte pide la sangre del elefante. La tiranía ha corrompido a tira-

nos y tiranizados, y la libertad —ha entendido el pobre escritor metido a esbirro— no admite parcelaciones: ha de ser de todos, o no es de nadie. "Durante cinco años —escribe Orwell— formé parte de un sistema opresivo, sentí en mí el enorme peso de una culpa que debía expiar." Un largo desfile de celdas hediondas, espaldas azotadas, caras grises, sin admitir más compasión que "el absoluto silencio impuesto a todo inglés en Oriente", marca este primer contacto de Orwell —contacto activo de flagelador mudo— con una injusticia total, la sufrida por todo un pueblo y no sólo, ya, por el muchacho pobre en la escuela de ricos. (¡... y el imperialismo inglés: las fuerzas, odiosas pero implacables, de la comparación, pronto habrían de reducirlo a la dulzura de un día de campo!)

"Dado a la desgracia". ¿Cómo "expía Orwell su sentimiento de culpa? Lanzándose consciente al fracaso, fracaso que determina la obra del novelista y del escritor político. 1927, Inglaterra, y al poco tiempo, París. Aquí, se deja hundir lentamente hasta el fondo, hasta los cuartitos apesados de gas y cocina rancia, las sábanas amarillas y la demografía de las pulgas, los hospitales públicos donde los pobres mueren entre la indiferencia de los doctores y la soledad apretujada de los demás enfermos, el oficio de lavaplatos en los subterráneos ratunos y sofocados de un gran

hotel, hasta el dormitorio en la banca del parque. Y en la pobreza, la vida secreta, mezquina: el destino vuelca la última taza de leche, se recogen —con vergüenza entusiasta— migajas y colillas, desaparecen todas las sonrisas de "nuestros semejantes"; el aburrimiento abismal, la insufrible compasión de sí frente al aparrador de un restaurante. Y sin embargo, "un sentimiento de alivio, casi de placer, al saberse, al fin, realmente aniquilado. Uno ha hablado tanto de irse al diablo — pues aquí está el diablo, lo has alcanzado, y puedes aguantarlo. Es quitarse un gran peso de encima." Nuevamente en Inglaterra, Orwell ha cambiado de suelo, mas no de nivel: ingresa a las bandas de *tramps*, de vagabundos que apenas durante algunas horas nocturnas sienten una caridad a regañadientes más intolerable que el peregrinar sin fin por calles y carreteras: una taza de té, albergue para esta noche, son las grandes y únicas preocupaciones de la vida. Los años de Orwell en el penúltimo peldaño quedan en *Down and out in Paris and London* (1933); *The Road to Wigan Pier* (1936) relata una nueva incursión, esta vez entre las clases trabajadoras de uno de los distritos ingleses de condición más penosa. Entre y durante, Orwell ha militado, con su pluma, en el socialismo; pero jamás su afán militante ha permanecido allí: mientras quienes intentan legislar sobre el ruido de

las olas proclaman su simpatía desde el pupitre y el café, Orwell ha vivido la sencilla —la acobardante— valentía de ir a buscar un abrazo con los diariamente manoseados por la propaganda de conveniencia. ¿Simple sentimentalismo pseudo-franciscano, como crítica Wyndham Lewis? ¿Rencor a flote, pensaríamos? No. En primer lugar, la volición del fracaso: ¡por la borda el deseo del "éxito" burgués, implícito en su origen familiar y prevenido por su peculiar experiencia en la escuela y la policía! ¡Vamos a sentirnos pobres diablos! Pero, en seguida, la vida misma en el nivel escogido por Orwell, despojada a fuerza de gravedad de la intención personal del autor, le otorga la rectitud de su filiación política; entre los trabajadores encuentra Orwell el sentido, candoroso y limpio, del socialismo ("es un socialismo más verdadero que el marxista ortodoxo, porque siempre recuerda lo que el segundo tantas veces olvida, que el socialismo quiere decir justicia y decencia elementales"). Comunió desnuda con los trabajadores, flaquezas y vicios, humor y fortaleza, resignación y rebeldía, que equivale a comulgar con la naturaleza humana. Vidas sin máscaras frente a las máscaras sin vida de los hipócritas, de los comodines del escamoteo político a quienes Orwell niega el perdón ("El típico socialista... es, o un imberbe snob-bolchevique que en un lustro se habrá casado con una rica y convertido al catolicismo; o, aun más típicamente, un pequeño y atildado burócrata... dueño de una posición social que no tiene la menor intención de sacrificar"). Aquí, en el último suelo, reafirma Orwell su certeza de la libertad como algo indivisible: la medida de mi libertad es la libertad de todos, nunca la del que la niega a todos menos a sí mismo, o la del que dice defenderla para todos secuestrándola mientras se realiza el paraíso en la tierra. La felicidad no puede ser obra de una promesa de paraíso social que, en tanto se vuelve realidad, pervierte y sofoca las limitadas, pero reales, posibilidades de felicidad humana. El pueblo es lo único que no se vende, de él tiene que surgir la fuerza de libertad y honradez que limpie al mundo. Orwell acaba de descubrir al Pueblo, mientras todos trafican con el populacho y la masa.

El militante. Si en 1936 hay que convivir con los obreros de Wigan, en 1937 hay que estar peleando en la milicia republicana española. Orwell no ingresa a la brigada interna-

cional; lucha con los milicianos (en su mayoría, muchachos de poca edad), lucha con mausers oxidados (en su mayoría, de cincuenta años de edad), y cerca de Huesca una bala franquista le atraviesa el pescuezo, dejándole mudo por varios meses. En *Homage to Catalonia*, revela Orwell el residuo de su intervención en la guerra. Un sentido positivo de solidaridad, recogido en el agradecimiento de un miliciano a quien el escritor salva la vida, en la lucha desesperada que ningún apoyo moral aliena. Un sentido negativo de traición y cobardía: disensiones internas, los comunistas socavan el régimen republicano, nazis y fascistas celebran su "ensayo general", Inglaterra, Francia y Estados Unidos tienen un cuello muy corto para jugar al avestruz... La tuberculosis de Orwell se agravaba; rechazado por el ejército británico, se contentó con servir en el Home Guard y en la B. B. C., y con regalar buena parte de sus raciones a los más necesitados — sacrificio que costó la vida a su mujer, y, a la postre, al propio Orwell.

Todos los Animales son Iguales. Este "cuento de hadas", *Animal Farm*, pese a que parafrasea la revolución rusa, tiene como tema central el fracaso de las revoluciones (concretamente, el fracaso del socialismo que Orwell postulaba) y el conflicto entre la necesidad del hombre, que lo lleva a la sociedad, y el mantenimiento de esa sociedad mediante el compromiso con la integridad ética e intelectual. En *Animal Farm*, apunta Orwell la visión que en 1984 cobra forma plena y espantosa: escondido por las máscaras de las denominaciones, a veces opuestas, se esconde el terreno común de los totalitarismos, tácitamente aliados. El precepto final de los puercos que ejercen funciones de dictador en la granja — "Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros" — no lo es sólo de la dictadura soviética; antes lo fué, lo sigue siendo, del capitalismo liberal.

1984. Acaso estemos ante el libro más cruel y fatídico de nuestro tiempo. El dolor de Orwell es concentrado y rígido (pensemos —proporciones, guárdense— en otro novelista del dolor: Dostoievsky, en quien el pesar, intenso, es flúido, y se hace humano en el perdón). Orwell no admite el perdón por la mentira y la crueldad impuesta —bastante es el dolor natural de una vida— y su único destello de salvación, el pueblo indignado y fuerte, aparece bien lejano.

1984 nos duele y horroriza porque no es una Utopía; ésta no es susceptible de realización (al realizarse, dejaría de ser una Utopía), y el mundo de 1984 se está viviendo ya, es el mundo de la negación del amor, la dignidad, y la poesía (la sordidez implacable de 1984, se hace más clara cuando, como un murmullo lejísimo, casi mudo, llegan a la memoria del protagonista los versos de una rima infantil: *Oranges and lemons, say the bells of St. Clement's...*); Orwell se ha contentado con organizarlo y petrificarlo, un poco más sucio, un poco más mezquino, arrancando las caretas que aun lo disfrazan, y deslindando el lugar de encuentro del Estado Totalitario, independiente de ismos coludos o rabones. La fachada exterior de 1984: el mundo se encuentra dividido en tres bloques, Eastasia, Eurasia y Oceanía, aparentemente en estado de guerra perpetuo y rotativo unos con otros: la verdad, cuidadosamente oculta, es que los tres obran de común acuerdo, aprovechando la propaganda bélica para exigir sacrificios, multiplicar las horas de trabajo, negar toda posibilidad de vida personal y mantener a la población (los *proles*) en un estado alternante de abatimiento e histeria cuya síntesis es la sumisión que ya ni siquiera tiene conciencia de serlo. En Oceanía, lugar en que transcurre la novela, cuatro ministerios concentran la maquinaria gubernamental: el Ministerio del Amor se ocupa de las actividades policiales, mediante una bien organizada Policía del Pensamiento (*Thoughtpol*): habiéndose logrado una perfecta sumisión física, sólo el pensamiento —y ya muy relativamente— puede ser objeto de pesquisas y condenas (Nulla lege sine previum crimen); el Ministerio de la Abundancia mantiene una situación de hambre general; cada aumento de raciones que se anuncia, es en realidad una disminución, "dialécticamente" explicada; el Ministerio de la Paz se ocupa de la guerra; y el Ministerio de la Verdad en ir fabricando, al minuto, la propaganda adaptable a la línea zigzagueante del Partido. Este se rige por un triple lema, estratégicamente colocado en todos los rincones de Oceanía: LA GUERRA ES LA PAZ, LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD, LA IGNORANCIA ES LA FUERZA. En el Ministerio de la Verdad, la historia es objeto de nuevas apreciaciones: la verdad de ayer es la mentira de hoy, y ésta la verdad de mañana; un ejército de burócratas se encarga de hacer concor-

dar las historias de ayer con la historia de hoy, editando y reeditando libros, periódicos y volantes en conformidad con la nueva táctica o verdad proclamada. La Historia entera es recreada a cada instante, y las versiones opuestas que por milagro lleguen a persistir en la memoria de alguien, son atribuidas a los espías del enemigo imperialista en turno. La dura labor del Ministerio se ve ampliamente aliviada merced a la rápida sustitución del *Oldspeak*, idioma inglés anterior a la Revolución del Pueblo, por el sistema del *Newspeak*, una ingeniosa disminución del lenguaje a las necesidades estrictas del Partido; las pocas palabras del *Newspeak* significan sólo lo que el Partido quiere que signifiquen: *joycamp*, campo de felicidad, es uno de concentración; *sexcrime* es el amor; *bellyfeel* es morir de hambre con la ilusión de que se acaba de asistir a un banquete; y *thoughtcrime*, el delito de apartarse por un momento de la línea del Partido (hecho imposible dado el sistema de televisión multilateral omnipresente que agracia la vida en Oceanía) no trae como consecuencia la muerte: es la muerte. Otras palabras —democracia, honor, religión, ciencia— han dejado de existir. Sólo se es un buen miembro de la comunidad cuando se cree que dos y dos son cinco, no ya sin la menor duda o reticencia, sino como única convicción profunda, como única luz racional que sin embargo —tal es el meollo de la nueva *paideia*— debe ser susceptible de transformarse, a la menor indicación del Partido, en la convicción, igualmente profunda, e irreversible, de que dos y dos son tres.

Geografía del odio y la soledad. Tal es para Orwell la de 1984, que es la del totalitarismo. Este es observado por el escritor como un fenómeno exclusivo del siglo xx: "Los despotismos del pasado no eran totalitarismos. Su aparato de represión siempre fué poco eficiente, sus clases directivas usualmente corrompidas, apáticas o semi-liberales, y las doctrinas religiosas prevalentes opuestas al perfeccionismo y a la noción de la infalibilidad humana". ¿Por qué —esto es lo que llena de dolor a Orwell— cuando, por fin, existe la posibilidad de que el dominio del hombre sobre el hombre cese, surgen la esclavitud y el odio mayores que se han conocido? ¿Es el mundo de 1984 —el mundo de hoy— el castigo impuesto a la civilización moderna por el pecado de la soberbia, la exposición del pensamiento mágico en la infalibi-

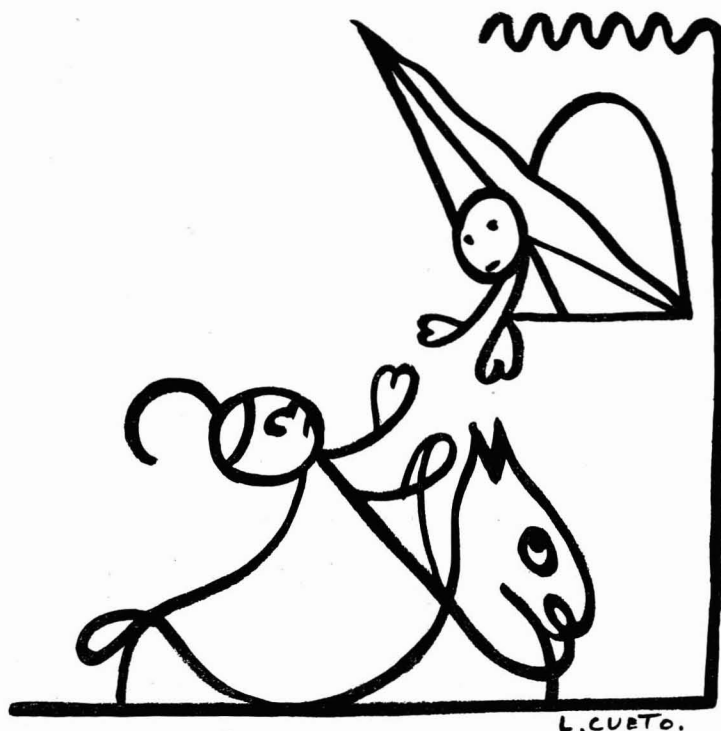
lidad del hombre y sus instituciones, la pena por la traición al cristianismo, o, acaso, tan sólo la realización natural, previsible, de la corriente de pensamiento gnóstico, activista, intuitivo, progresista y negador de Dios, que, en forma subterránea, ha corrido escondido bajo la capa aparente de humanismo y ciencia? El gnosticismo que en primera instancia asume la forma de una revelación intelectual absoluta, que es la verdad, prosigue como un activismo redencionista del hombre y la sociedad, detentador también de la única verdad: en marcha, los "santos en la tierra" del puritanismo, el positivista, el camisa parda, el marxista y el senador mengano; en la meta organizada y definitiva, el Estado Totalitario, forma última de "el orden y el progreso" sin más dimensión. Todo lo saben, ¡oh Swift! los Houyhnhnms: ¿por qué, entonces, tolerar opiniones disidentes? Para Orwell, sin embargo, el totalitarismo no sólo aparece bajo la forma Leviathan: ocurre también en el otro extremo, el de la infirmitad: pacifismo y anarquismo representan también una tendencia totalitaria: el que cree obrar sin intereses materiales ni ambición, se siente plenamente justificado para imponer su voluntad, tan limpia, sin límite alguno. En una sociedad sin derecho y sin sanciones, el único árbitro de conducta es la opinión pública (¡The Voice of the People!), la cual, inmersa en la tremenda tendencia al conformismo de la grey, es menos tolerante que cualquier sistema jurídico —cuando gobierna el "no harás", escribe Orwell, el individuo puede practicar ciertas excentricidades; cuando gobiernan "amor" o "razón", debe actuar exactamente igual que todos. La dictadura de la opinión pública será tan sólo más tonta que la del Estado. Implícitamente, Orwell está proponiendo, mediante un juego de eliminación, el Estado de Derecho como lo entendió la filosofía política griega: el Estado construido sobre el elemento moral y espiritual, radicado en la justicia, y avocado a la tarea de crear y educar, es decir, al bien común. La supresión del derecho —por falta en la anarquía, por exceso en el totalitarismo—, es en cierto modo, la supresión de Europa: "Si queremos vivir sobre una base europea, entonces tendríamos que dejar actuar eficientemente un origen más profundo", escribe Jaspers; y quizá este origen, en el campo social, sean dos conceptos, opuestos y a la vez complementarios: la

(Pasa a la pág. 21)

simultánea de estas figurillas de madera en países que se asientan en distintos continentes. ¿Grecia, China, la India, Italia, Francia, España, Rusia, México? La proyección de la sombra de la silueta humana ante los ojos maravillados del hombre, puede sólo despejarnos el enigma.

NOTA: Lo anterior ha sido casi por entero tomado, y es más bien una versión mía, de un trabajo publicado en inglés de que es autor el señor H. V. Tozer. He creído importante darlo a conocer, primero, porque carecemos de un trabajo semejante en español y, segundo, por la trascendencia que para nosotros encierra el conocimiento de la tradición de los retablos y teatros de muñecos en España. El folleto del señor H. V. Tozer es bastante extenso y ampliamente documentado. Ojalá algún día tenga él —quien, según nos dice Sebastián Gasch en su libro "Títeres y Marionetas", reside en Barcelona desde el año de 1929— oportunidad de publicarlo en nuestro idioma.—R. L.

NOTA: En México las comedias de muñecos, llamados *de máquina* y *de legua*, estuvieron en constante actividad y existen documentos



El retablo de la libertad de Melisenda.

en el Archivo General de la Nación que mencionan desde principios del siglo XVIII diversas instancias de individuos que vivían de esta industria, ya con permiso de los virreyes, ya con el del Ayuntamiento de la ciudad, y así hubo

compañías que actuaron en la calle de la Alcaicería, en la de La Amargura, en la del Portal de San Diego, en el Portal de Tejada y en el Puente Colorado y también se mencionan los nombres de individuos que pedían licencia para

representar comedias de muñecos fuera de esta capital.

Vale la pena mencionar algunos nombres:

Tomas María Rascon, 1726.

María Petra Aguilar, española, mujer de José Meléndez desde 1773.

José Estrada, español, de 25 años, primer galán. 1786.

Francisco Coca, segundo galán.

José Cano, tercer galán.

José Romero, barba.

Mariano Zanca, barba.

Mateo Ceballos, gracioso.

Ana la Zanca, primera dama.

Ana García, segunda dama.

Dos criadas haciendo oficio de cantarinas: María y Pepa.

Francisco Carreño.

Miguel Alanís.

Teresa Acosta.

José Rivero (a) "El maestro trito".

Francisca Tomasa Montoya y Cadena, castiza, doncella, originaria de Puebla, 48 años.

Francisco Javier Alcántara, español, originario de Puebla, 35 años.

El Director de la Compañía que actuaba en el Portal de Tejada, en 1786, era un señor Estrada.

Tenían prohibido los actores del Coliseo ir a prestar sus servicios a esas casas de Comedia de muñecos.—V. T. M.

(Viene de la pág. 12)

philia politike helénica y la *amicitia* cristiana.

Palabras, palabras, palabras. Escribir bien es pensar bien; pensar bien es actuar bien. Este credo de Orwell ya no tiene sentido en el mundo totalitario: en él, se ha hecho institución la vacuidad de las palabras. Con las palabras debe luchar, dice Orwell; el escritor que se rinde a ellas, mata a la cultura y prepara el camino a la perfecta anestesia cerebral. Volver a llenar de contenido las palabras, posiblemente sea la preocupación mayor de Orwell; en torno al sentido de una palabra, giran la vida de la libertad y de la historia. Pensemos en las jergas contemporáneas: ¿qué quieren decir "hiena roja", "pulpo capitalista", "perro rabioso semita", "Guardia Blanca"? ¿Y "mundo libre" significa una forma de votar en la ONU, "paz" significa firmar manifestos, "libertad" significa ser anticomunista? En un número reciente de la revista *Time*, se lee un florilegio forense del senador republicano Welker, en defensa de McCarthy: "Nadie puede decirme que un irlandés no le regalaría su camisa a cualquiera —menos a un sucio, mentiroso, hediondo

ALGUNAS NOTAS

sobre

GEORGE ORWELL

comunista." ¿Estos tres epítetos, poseen el menor contenido en relación con el sustantivo que califican, aclaran algo, obedecen, por lo menos, a un sentimiento real? No. Sabemos que son palabras mostrenacas, dirigidas al blanco del momento, perfectamente secas, partes de un rompecabezas donde cada pieza puede ocupar un lugar arbitrario. Este deterioro de las palabras, impide que la libertad se manifieste como un actuar intelectualmente convencido: para ser "demócrata" basta ser cualquier cosa; la palabra ya no tiene contenido, es un elogio vacío, el gabán de todas las fuerzas; e impide, también, que la libertad se haga concreta en la historia, al destruir el canal de la comunicación y el diálogo. La historia escrita con

estas palabras muertas es un libro perpetuamente en blanco, llenado y borrado al segundo: "Desde un punto de vista totalitario, la historia se crea, no se entiende... Un estado totalitario es en efecto una teocracia, y su clase rectora, a fin de mantener su posición, ha de ser sabia infalible... El totalitarismo exige la alteración continua del pasado y a la larga quizá exija no creer en la existencia de la verdad objetiva."

El hombre a la intemperie. Como tal vivió Orwell, de pie en una época que condena pararse solo como algo ideológicamente criminal y prácticamente peligroso; vivió y escribió para los demás cuando hacerlo es generalmente un atajo para conseguir ventajas pro-

pias. En el momento de la abdicación colectiva de quienes en el fondo proclaman "la libertad es indeseable y la honradez intelectual una forma de egoísmo social", Orwell vio que la forma más radical de la reacción es negar la libertad sobre la base de que una sociedad de hombres libres jamás ha existido, y adoptó la posición más expuesta y valiente que hoy se puede adoptar: seguir afirmando la libertad como condición primera de la integridad humana, y Orwell luchó, jamás odió.

(George Orwell nació en 1903 y murió el 23 de enero de 1950.)

OBRAS:

Down and out in Paris and London (autobiografía, 1933).

Burmese Days (novela, 1934).

A Clergyman's Daughter (novela, 1935).

Keep the Aspidochelone Flying (novela, 1936).

The Road to Wigan Pier (sociología, 1937).

Homage to Catalonia (testimonio, 1938).

Coming up for Air (novela, 1939).

Inside the Whale (ensayos, 1940).

Animal Farm (sátira, 1945).

Critical Essays (ensayos, 1946).

1984 (novela, 1949).

Shooting an Elephant (ensayos, 1950).

Such, Such were the Joys (autobiografía, 1953).